

Aburre, sin sus hijos ó consorte,  
El nido ó cueva que sus glorias era;  
Así mi patria dejó por la corte,  
Y libre allí del amoroso lazo,  
Conozco al mundo y su maligno porte;  
Conmigo me aconsejo, y luego trazo  
Huir sus peligrosas falsedades,  
De un generoso espíritu embarazo.  
Retírome, y en estas soledades  
Me descubre tu trato, Floro amigo,  
Un manantial copioso de verdades.

## FLORO.

Ese celeste globo es fiel testigo  
Del pesar que me dió la desventura  
Que tu dolor comunicó conmigo.  
Y juro á tu amistad sencilla y pura,  
No sólo no romper su nudo santo,  
Sino velar (mi fe te lo asegura)  
En divertir tu misero quebranto;  
Mas tú con tu poética armonía  
Recrearnos pudieras algún tanto.

## COLUMBANO.

No es ya mi musa la que ser solía;  
Presentase tal vez con triste queja,  
Me dicta alguna fúnebre elegía,  
Gime, solloza, auséntase y me deja.

## FLORO.

¡Oh lealtad inmortal! ¡Oh noble pecho!  
¡Qué raro acá en la tierra te asemeja!  
Diviértate observar desde el repecho  
El planeta mayor del horizonte  
Que se levanta del salobre lecho.  
A calcular su magnitud disparte,  
Y su asombrosa luz, que antes se mira  
En la cima de aquel opuesto monte;  
El cielo que nos habla y nos inspira,  
El curso de los astros, las templadas  
Auras que el desahogo aquí respira;  
Las aves que caminan á bandadas,  
Las músicas que entonan diferentes  
Cuando están en los árboles paradas;  
El murmullo continuo de las fuentes,  
Que al sueño nos convidan apacible,  
Deslizándose en rápidas corrientes.  
¡Oh desierto feliz, bien indecible!  
¡Cuánto, al que tus ventajas examina,  
Es el fausto del mundo aborrecible!  
El día que á la caza se destina,  
¡Qué grato es madrugar con el lucero  
Cuando el alba risueña está vecinal!  
Los perros, que he criado con esmero,  
Al mirar la escopeta, bulliciosos,  
Con tropel nos rodean vocingleros;  
A su deber se aprestan oficiosos,  
Unos saltan, buscando la salida,  
Por cima de los otros, presurosos;  
Ya ponen con instancia repetida  
Las manos en las sillas de las yeguas,  
Ya las muerden la cola á la partida;  
Juegan, y dando á su cansancio treguas,  
Corren, se apartan y á nosotros vuelven,  
Caminando en cada una muchas leguas.  
Aquellos contra el viento se revuelven,  
Y á perseguir con armas desiguales  
Los pájaros que vuelan se resuelven.  
Sus sencillos impulsos naturales  
No sin alguna diversion miramos,  
Aunque al intento son perjudiciales.  
Por esta causa luego los llamamos;  
No oyen, se rinden, ladran y desisten,  
Finalmente se vienen con sus amos.  
Cruza el conejo tímido, y embisten  
Tras él corriendo todos á porfía,  
Y aunque se cansan, en seguirle insisten;  
Uno le coge y salta de alegría,  
Viénesse, nos le entrega, y jadeando  
Se aleja en busca de la fuente fría.  
Quedamos entre tanto examinando  
La presa con la suave piel mojada,  
La vista triste, el pecho palpitando;

Luego que es de comer la hora llegada,  
Hacemos alto al lado de un arroyo,  
Cuyo blando sonido nos agrada.  
Si ser puede, buscamos algún hoyo,  
Que el sudor del ambiente nos resguarde,  
Y es un florido césped nuestro apoyo.  
La vianda, allí, que en la pasada tarde  
Silvio, mi anciano padre, nos previno,  
De brindar hace al apetito alarde.  
Tal es la fiambre vaca, el palomino,  
La cecina y pernil curado al fuego,  
El exquisito queso y rancio vino.  
Tomamos un brevísimo sosiego,  
Y dejando correr á los cristales,  
Nos internamos por el monte luego.  
Entre jaras, estepas y zarzales  
Atravesan las yeguas lo fragoso  
De peñascos y espesos matorrales.  
Maltratamos al cervo temeroso,  
Seguimos á la liebre fugitiva,  
Damos alcance al jabalí cerdoso,  
Y hollando en la carrera más activa  
La juncia, almoraduz, murta y cantueso,  
Más fragancia en el viento se motiva,  
Hasta que carga de la noche el peso,  
Y á nuestro domicilio nos tornamos,  
Cargados de despojos con exceso.

## COLUMBANO.

Corren á recibirnos como gamos  
Tus hermanos pequeños; acabada  
La cena, otro placer acaso hallamos.  
Al pié del fresno que hay junto á la entrada  
Se forma de zagales un corrillo  
De destreza en tañer acreditada.  
Mueve el árbol sus sombras y anda el brillo  
Vagando de la luna y las estrellas,  
Que deleitan el ánimo sencillo;  
Tus hermanas, castísimas doncellas,  
Mil cantares honestos entonando,  
Afrentan las silvestres diosas bellas;  
Bosteza Silvio con el sueño blando,  
Despidese del circo y se retira,  
Paso á paso á su lecho caminando.  
La gracia natural allí se admira,  
El recato en el baile y compostura,  
Todo el conjunto honestidad respira.

## FLORO.

Pues ¡qué dirémos si en la fresca hondura  
De un valle ameno, de árboles cercado,  
Cubrimos con las redes su verdura?  
Todo el contorno á voces conturbado,  
Sacudiendo los mimbres y retamas,  
Hacemos huir al escuadrón alado.  
Mal seguros creyéndose en las ramas,  
Van en la red los pájaros cayendo;  
Yo en este ardid, en semejantes tramas,  
Mas me divierto si al impulso atiendo  
Del tordo, la oropéndola y el mirlo,  
Que forcejean, las alas sacudiendo.  
Aun nos complace sólo el referirlo,  
Y tú, siempre leal, tórtola amante,  
Llora el lazo, prevenite ya á gemirlo,  
Olvida antiguas penas un instante,  
No al compañero sientas que perdiste;  
Que siempre un mal del otro va delante.  
¡Qué gusto es ver al jilguerillo triste,  
Mientras más desprenderse solicita,  
Más el matiz ajar que hermoso viste!  
Llega á pensar que la prision se quita  
Rompiendo el hilo con su pico agudo,  
Pero mejor le enreda que le evita.  
Al rigor cede del difícil nudo,  
Y con mostrar á gritos se contenta  
Que pretendió eximirse y que no pudo.  
Allá en casa la carga se presenta,  
Y á los pájaros damos su destino,  
Cuya distribución el gozo aumenta.  
Unos con el gorjeo y dulce trino,  
En primorosas jaulas encerrados,  
Embelesan el ámbito vecino;  
Otros, perfectamente sazonados,

Diferenciar nos hacen de manjares,  
Sirviéndonos de platos regalados;  
Otros por los espesos encinares  
Con su reclamo atraen á la liga  
Los simples compañeros á millares.

## COLUMBANO.

Algunas horas con menor fatiga  
Entretener solemos en la pesca,  
Que á la quietud y á la paciencia obliga.  
Los dos gozamos de tu márgen fresca,  
Almo Guadalquivir, undoso río,  
Mientras tus linfas céfiro refresca.  
Allí encontré, una tarde del estío  
(En mí de este ejercicio la primera),  
Tristes memorias del tormento mio.  
Tu voz, porque la pesca no se huiera,  
Riguroso silencio me intimaba;  
Pensaba yo en mi suerte lastimera,  
Y entre mí mismo á ratos exclamaba:  
«Ondas del Bétis, claras algún día,  
Cuando en vos el bien mio se miraba,  
»Sentid su falta y desventura mia,  
Que ya el bien mio en el cristal no veo,  
Ondas del Bétis, claras algún día.»  
Yo las vi entonces (ó mintió el deseo)  
Turbias, amargas, en su curso inciertas,  
Y al llanto unidas que en su aumento empleo.  
Yo las vi, sí, de légamo cubiertas,  
Anhelar su sepulcro en Oceano,  
Ya por mi bien sus márgenes desiertas.

## FLORO.

Y yo entré tanto, con mi diestra mano  
Teniendo firme la oficiosa caña,  
Atiendo al grave peso y al liviano.  
Sentado entre la adelta y espadaña,  
Puesto en el hilo todo mi desvelo,  
Veo que pica el pez y que me engaña;  
Renuevo el cebo con mayor anhelo,  
Y cuando á asirle va con ansia mucha,  
Preso se ve del cauteloso anzuelo.  
El grueso barbo y la pintada trucha  
En vano el agua con la cola azotan  
Por librarse del hierro en fiera lucha;  
A los hambrientos peces alborotan,  
Y la próxima arena removida,  
Un grande espacio del caudal rebotan.  
Otra vez en canal ó red tendida  
El sollo cae ó sáballo gustoso,  
Que á tierra sale á terminar su vida;  
Con las últimas ansias congojoso,  
Salta, se encorva, se revuelca y hiere  
Su propio cuerpo, cruel y riguroso.  
La ágil anguila, que su fin difiere,  
Respira acelerada por la agalla,  
Pero á pesar de sus esfuerzos, muere.

## COLUMBANO.

Aquí esta vida mil delicias halla;  
No hay cosa alguna en tan dichoso estado,  
Que no brinde á emprendella y no dejalla.  
No hay bien que yo por tí no haya logrado;  
¡Qué diversion á Silvio no he debido,  
A Silvio, dignamente venerado?  
¡Quién mejor que él de la calandria el nido  
Descubrir supo! ¡A qué rabel sonoro  
Disteis, oh selvas, más atento oído?  
¡En qué certámen del villano coro  
No venció diestro, el recental ganando,  
El vaso de acobuche ó blanco toro?  
¡Qué juez prudente del campestre bando  
Decidió tan felices competencias,  
Tañiendo los pastores ó cantando?  
¡Quién supo con más arte y experiencias  
De los tiempos el orden admirable,  
Del cielo las diversas influencias,  
Los vaticinios de la luna instable,  
De cuadrúpedos y aves el acento,  
De las yerbas el uso saludable?  
A la naturaleza siempre atento,  
¡Quién de la agricultura en las tareas  
Pudo adquirir mayor conocimiento?

Conversó con las driadas, napeas,  
Silvanos, faunos, sátiros, silenos,  
Númenes sacros y apacibles deas.  
Pomona, Clóris y Feronia llenos  
Le dan de ramos, frutas y de amomo  
Cestillos, que tejieron mimbres y henos.  
Rindióle Pales oloroso aroma,  
El mismo Pan le coronó de acanto,  
Casia, violeta, nardo y cinamomo.  
¡Oh celestial virtud, que puedes tanto!  
¡Oh dichosa de Silvio la alquería,  
Y cuánto en ella admiro y adelanto!  
En el invierno el despejado día,  
Cuando está el sol en la mitad del cielo,  
Al corazón dilata y da alegría;  
Entre la fresca yerba el aroyuelo  
Se ve correr, ufano de haber roto  
Por la mañana la prision del hielo.  
Nos deslumbran en término remoto  
Sierras cargadas de rebelde nieve,  
Que algún día derrite el fiero Noto.  
El ancho río sus humores bebe,  
Y el que manso lamio la verde orilla,  
Guerra á los campos y ciudades mueve.  
Tu suelo entonces, inclita Sevilla,  
No es ya plantel que enriqueció Vertuno;  
Tumba es del lastre, del timon y quilla.  
Del palacio salobre de Neptuno  
Son tus suburbios lastimoso ejemplo,  
Si erige el cuello el Bétis importuno;  
Sus espumosas cóleras contemplo,  
Que intentan con sus rápidos vaivenes  
Saltar tus muros y arruinar tu templo.  
Donde ántes la opulencia, el fausto y trenes  
Pisaban grato suelo, difundidos  
Se lloran ya los ricos almacenes.  
Llegan de la piedad á los oídos  
Los sollozos, los gritos penetrantes  
De tantos ciudadanos afligidos;  
Caminan las barquillas fluctuantes,  
Y al socorro se apresta con los dones  
Que salvaron en útiles instantes.  
¡Gigante de cristal, que horror impones  
No así te lleves el robusto puente,  
Ni tu florida márgen abandonos!  
De Itálica, que mira tu corriente,  
Escándalo eres ya, ya las arenas  
Empañan tu cristal impunemente;  
De jugo exhaustas y de broza llenas  
Deja las tierras tu furor que cubre,  
Y penetrando sus preciosas venas,  
Donde su hacienda el labrador encubre,  
El grano hinchado el trigo no nacido  
Entre sus hilos fértiles descubre.  
Cuando al día el nublado ha obscurecido,  
Cuando violento el abrego ha soplado  
Y la copiosa lluvia ha descendido,  
Entonces es cuando el hogar cercado  
De la familia la abundante leña  
Arde y alumbrá el campesino estrado,  
Muchas veces tu padre nos enseña  
Sus olivos y huertas bien pobladas,  
El agua que las riega, de alta peña;  
El valle en donde pacen sus vacadas,  
Los surcos de los bueyes laboriosos,  
Los gañanes con rústicas tonadas,  
Ahuyentando los pájaros golosos,  
Que buscan detras de ellos la simiente  
Envuelta en los terrones esponjosos;  
Ya ingiere ó poda el árbol diligente,  
Planta la vid ó castra la colmena;  
Ya va á ver el trabajo de su gente;  
De sus rebaños el balido suena  
Por todo el campo, y de sus reses vemos  
La alta montaña coronada y llena.  
¡Cuántas veces el tiempo entretenemos  
Viendo al cabrito, al choto con delicia  
Acudir de su madre á los extremos!  
Le llama, le alimenta, le acaricia,  
Y él luego, con la lengua mal enjuta,  
Tampoco el bien del prado desperdicia;  
Después que el néctar cándido disfruta,



Despuntando el orégano y tomillo,  
Huye del altramuz y la cicuta.  
Escogemos el tierno corderillo,  
Que guardaron del lobo los mastines,  
Para víctima hacerle del cuchillo.  
Luégo que, coronada de jazmines,  
Viene á esmaltar, fragante y halagüeña,  
La primavera selvas y jardines,  
El ganado sujeto en red pequeña  
Rinde al dueño sus útiles vellones  
Y abres fecundas, que el pastor ordeña.

## FLOBO.

Sí, Columbano; sus preciosos dones  
Aquí el cielo sin límites derrama,  
Nos enriquece en todas estaciones.  
Cuando el sol con más fuerza el campo inflama,  
Cubren mis eras pálidas espigas,  
Mi cercado á gustar sus frutas llama.  
Viene el Setiembre, templa las fatigas,  
Y el licor dulce exprime de las vides  
En el lagar con las robustas vigas;  
Mi padre, atento á cuantos gustos pides,  
Nos conduce por frescas arboledas;  
Nunca al buscarle su labor impides;  
Al monte vas por ásperas veredas,  
En sus molinos ves el fruto nuevo  
Desmenuzarse con pesadas ruedas,  
O sostenido en el derecho acebo  
Entre chopos, abetos y lentiscos,  
El alto cerro á fatigar te llevo,  
Y desde la eminencia de sus riscos  
Dominas la cascada y sus orillas,  
El valle, la cabaña y los arpriscos;  
Divisas las ciudades y las villas,  
Bajo los piés las nubes divisamos,  
Y las aves que vuelan en cuadrillas;  
Por entre breñas, árboles y ramos,  
Ágil el cuerpo, el alma dilatada,  
Y vivo el apetito á casa vamos,  
Donde la mesa hallamos adornada  
Del tierno recental, manteca y leche,  
Rubio panal y nata delicada.

## COLUMBANO.

De ejemplos tan visibles se aprovecho  
El torpe paladar del poderoso,  
Y banquetes espléndidos deseche.  
Libre aquí de su trato peligroso,  
Huiré de su antesala y sus umbrales;  
Su mármol sepulcral me será odioso;  
Me alejaré de pleitos y curiales,  
No temeré del bravo mar las iras  
Ni de la guerra lúgubres señales;  
No escucharé lisonjas ni mentiras,  
Amores y celosas competencias,  
Falsas palabras y engañosas miras,  
No veré afectaciones, indolencias,  
Obsequios tan serviles al dinero,  
Tantas obscenidades é insolencias.  
El bufon de la corte, chocarrero,  
De críticopreciado y literato,  
Ya de hoy más á mi lado ver no quiero;  
De frases pedantescas su aparato  
Suele un circo embobar de gente ruda,  
Y con esto se engríe el mentecato!  
Arduas materias decidir no duda,  
De todo quiere hablar y nada entiende,  
El sabio le desprecia con voz muda.  
¡Qué lastimosa escena al que pretende  
Se ve representar! ¡Y qué bajezas  
Al infeliz que del favor depende!  
¡Qué de satisfacciones y franquezas  
Se toma el fastidioso entremetido,  
Creyendo sus frialdades agudezas!  
Nota el vicio el que más le ha poseído,  
Gobierna el reino, y aun el mundo todo,  
Quien gobernar su casa no ha sabido;  
Suelen ser descorteses de igual modo,  
Cuando se miran en fortuna erguida,  
El hombre bajo y el ilustre godo;  
Porque la urbanidad anda perdida  
Si el caballero de quién es se acuerda,

O si el villano de quién fué se olvida.  
Aunque el juicioso la paciencia pierda,  
Rompen afeminados los galanes  
La gravedad que el sexo les recuerda.  
Libre estoy ya de necios, charlatanes,  
Ingratos, crueles, discolos, avaros,  
Inquietos, perezosos y truanes.

Léjos de aquí, profanos; que al trataros  
Entre el horror de iniquidades tantas,  
Hallo que los perfectos son tan raros,

Que apenas tantos se conocen cuantas  
Las puertas son de la famosa Tébas,  
O del fecundo Nilo las gargantas.

Tú solamente mi atención te llevas,  
Gloria del suelo, soledad dichosa,  
Que en dulce paz el pensamiento elevas.

Corresponde á mis ruegos amorosa  
Y haz que de un sol al otro el nombre suene  
Por esas selvas, de mi amada esposa.

Mas ahora, porque así mi mal refrane,  
Permíteme callarle, aunque grabado  
En su corteza un álamo le tiene.

¡Oh hechizo amable cuando quiso el hado!  
Siempre que pienso en el momento triste  
Que último fué contigo, objeto amado;

Aquestos ojos, que á tu amor rendiste,  
Dan á la tierra desatados rios,  
Porque así me dejaste y te partiste.

Siente el ganado los pesares míos,  
Ni le calienta el sol puesto en su altura,  
Ni halla fresco en los páramos sombríos.

Te llora el soto, el valle, el aura pura;  
Te ofrece el cisne su funesto canto;  
Todos sienten el fin de tu hermosura.

Será ménos difícil entre tanto  
Beba el frío del Tajo la corriente,  
Y el español la del remoto Xanto,

Que del alma tu imágen esté ausente,  
Y que el devoto templo se desplome  
Que á tu memoria ofrezco reverente.

Cuando el penoso día al mundo asome  
Que exequias te rindamos en el ara,  
Rumbos diversos el ejido tome,

Y en justo obsequio de mi prenda cara  
Se oigan endechas, fúnebre sordina  
Haga el pastor de su zampoña clara;

Fébo su luz occulte peregrina,  
No divino rocío el suelo moje,  
Cubra la niebla la region vecina;

El árbol de su gala se despoje,  
Ni al olmo vid, ni al risco hiedra abrace,  
Toda rosa su púrpura deshoje;

Con su infortunio mi infortunio enlace  
La leona, de sus hijos separada,  
Y á rugidos los vientos embarace;

Tristes los brutos por mi suerte airada,  
El ruiseñor los vena en sentimiento  
Con són doliente y voz acongojada.

Da al alto Jove el águila contento,  
El ciervo es de Diana apeteído,  
El gallo de Minerva es ornamento,

De Neptuno el delfín es escogido,  
A Baco el fiero tigre consagrado,  
A la paloma Venus ha querido,

Fué de mi esposa el ruiseñor amado,  
Al dulce ruiseñor ninguno iguale  
En sentir á mi dueño malogrado.

Campos, si á veros Columbano sale,  
Le adornarán cipreses y heleños,  
No el trébol ó laurel que olor exhale.

Aves parleras, ágiles, sin dueños,  
Divertidle sus miserables querellas,  
Atraedle, fuentes, sasegados sueños;

Consoladle, del bosque ninfas bellas;  
Ya no hay mal que agüerar, corneja, al mundo,  
Todo el bien le robaron las estrellas;

Cubrió á la tierra el luto más profundo,

## POETA.

Aquí llegaban los zagales, cuando  
Juzgué que un globo el viento iluminaba,  
Y á los celestes dioses sostenía,

Tanto el congreso allí se embelesaba  
La amable vida rústica escuchando,  
Que quedar solo Júpiter temía,

Y así á Mercurio envía  
Por vagos horizontes  
A los Cimerios montes.

Al sueño trajo, su licor ofrece,  
Con él á las deidades adormece,  
Va á cada cual el corazón ungiendo,  
Y Inégo desaparece,

Por la alma puerta de marfil huyendo,  
En tanto los mancebos repararon  
Que de las hayas y elevados pinos  
Iban las sombras ya siendo menores;

Por diversos senderos y caminos  
Las ovejas y cabras divisaron  
Llevar á la espesura los pastores;

Señas de que en ardores  
El sol, entrando el día,  
Por instantes crecía,

Y de esta vida, de inquietud exenta,  
En dulces amebos dieron cuenta  
A los vientos, que mansos los oyeron;

Eco respondió atenta,  
Y entre sauces y robles se escondieron.

EL TRIUNFO SOBRE EL ORO.

Romance endecasilabo, leído en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, por encargo suyo, en su junta pública general de 21 de Diciembre de 1784, en que se publicaron y distribuyeron los premios correspondientes á las discipulas de sus escuelas patrióticas por el segundo semestre del mismo año, y otros pertenecientes á agricultura y artes.

Almas venales, improbos esclavos  
Del vil metal, que á dichas aparentes,  
Por nuestro mal, os llama, y halagüeña,  
Sirena encantadora os adormece;

Orgullosos ministros de su imperio,  
Sellad el labio alguna vez; no siempre  
De la razon al eco persuasivo  
Confundan vuestras locas altiveces.

Bien sé que el enemigo poderoso  
En sus oscuras cárceles detiene  
Las virtudes, cruel; pero algún día  
Verán del sol los puros rosicleres.

Enjuga, amistad santa, tus mejillas,  
¡Oh bienhechora paz! el llanto cese,  
Respira ya, benéfica templanza;

Alma prudencia, tu desmayo alienta.  
No, invicta fortaleza, desampares  
El corazón de los varones fuertes;

Rodará ese coloso desmedido,  
Y vendrá á ser oprobrio de las gentes.  
No dejes, no, justicia soberana,

La tierra, aunque enemiga te exaspere;  
Mira que siempre immaculado espejo  
España ha sido de imparciales jueces.

Subalternos, indignos mercenarios,  
En cuya lengua vil asiento tiene  
La iniquidad, aquéstos os escuchan;

¡Que tal cicunspeccion no se respete!  
Aquesa frente que ostentais tranquila  
A la vista de un público, insolentes  
Seductores de Astrea, estar debiera  
Cubierta de rubor, á conocerle.

Yo partir la imágen transportado,  
En vano el magistrado asirla quiere,  
Sube veloz, y sus amados genios  
De la fatal catástrofe se duelen.

Rásganse de dolor las vestiduras,  
Con lágrimas los vientos humedecen,  
Alzan al cielo los hermosos ojos,  
Suspiros lanzan y las manos fuercen.

Penosa condicion será del prado  
Que sus amenos ámbitos engendren,  
Entre fragrantés flores, que deleitan,  
Disimulados áspides, que muerden;

Que arrastrando su pecho por la tierra,  
Llegue silbando la escamada sierpe  
A emponzoñar las aguas saludables,

Ni es culpa del cristal ni de la fuente.  
¡A qué no obligas los mortales pechos,  
Malvada hambre del oro! ¡Cuánto puedes,  
Hidrópica pasión! Mas nueva idea  
En este instante el ánimo sorprende.

Escena triste, llena de amargura,  
Aquí se me presenta; se estremece  
El corazón, erizase el cabello,  
Y un helado sudor por mí se extiende.

Si halla paso la voz, si el pecho acierta  
A respirar algún aliento débil,  
Mortales, escuchad; acaso el cielo  
De un instrumento vil quiere valerse.

Llegó el día fatal de las venganzas;  
Siento crujir los sempiternos ejes,  
Y el fuego descender; cielos y tierra  
Con espantoso estrépito se mueven.

Elévanse las puertas eternas,  
Levántanlas los príncipes celestes,  
No para que éntre el Rey, para que al trono  
Descienda, en que á los hombres residencia.

Lúgubres voces, en sollozo envueltas,  
Parece escucho, que á decir empiecen:  
«Montes, venid sobre nosotros; cubran  
Nuestro sér los collados eminentes.»

A un metal ronco, que terror impone,  
Los cadáveres yertos obedecen;  
¡Adónde del semblante de las iras,  
Delincuente infeliz, podré esconderme!

En los justos los réprobos avaros,  
Viéndolos, más que el sol resplandecientes,  
Triunfar del oro y de sus falsos brillos,  
Clavan los ojos y á decirse vuelven:

«¡No son éstos aquellos que algún día  
Nos sirvieron de escarnio, y tantas veces  
El blanco vimos ser del improprio,  
De la sátira y sales maldicientes?»

«Juzgábamos nosotros, insensatos,  
Loca su vida, sin honor su muerte;  
Ved que Dios los computa con sus hijos,  
Y suerte entre los santos le previene.

«De la verdad erramos el camino,  
No rayó en nuestras mustias lobregueces  
Luz de justicia; el sol de inteligencia  
Faltó para nosotros de su oriente.

«Por senderos difíciles vagando  
Los de Dios ignoramos; la demente  
Soberbia ¡qué aprovecha? la jactancia  
De las riquezas ¡qué útil nos confiere?»

«Todo pasó cual sombra fugitiva,  
Mensajero que corre velozmente,  
Nave que corta el agua fluctuante,  
O flecha que del arco se desprende.

«Nuestro nombre sonó como las alas  
Del ave, que azotando el viento leve,  
Va diciendo con su vuelo el aire  
Sin que señales del camino deje.

«Así nosotros, Inégo que nacimos,  
De ser dejamos, sin que al fin nos resten  
Vestigios de virtud; ya nos consume  
Nuestra malignidad y nos disuelve.

«¡Qué insano error, qué bárbara demencia  
Nos poseyó? ¡Que espíritu rebelde  
Nos obstinaba! Nuestro desengaño  
Tarde lo llora, tarde se arrepiente.»

Así diréis; pero callad ahora,  
Infelices, repito; no tolere  
Más tiempo la razon publique el mundo  
Que el infame interes todo lo vende.

Hay honor, hay virtud, hay heroísmo,  
Hay magnanimidad; de los dinteles  
Del celestial Sion hácia la tierra  
Ráfagas brilladoras se desprenden.

Esíritus, que á cargo habeis tenido  
Dañar la tierra y mar, suspenso quede  
El golpe hasta que vengan señalados  
Los siervos del Altísimo en sus frentes.

Que yo en tanto á esos discolos sectarios  
De la avaricia, afrenta de la especie,  
Conduciré donde su error conozcan,  
Se convengan, se humillen, se avergüencen.

En un salón consistorial el celo...



Pero aquí es fuerza que la lengua tiemble,  
Se ofusque la razón, y la memoria  
Con adecuadas cláusulas no encuentre.

No es el influjo que á las Musas debo,  
Al empeño del día suficiente;  
Estas débiles fuerzas me acobardan  
Y explica el natural sus tímideces.

¡Oh, quién su cortedad de ajenos bríos  
Vestir pudiera, porque de esta suerte  
No tanta sangre al rostro se asomara  
Y la voz ménos trémula estuviese!

Idólatras algunos de sí mismos,  
Sólo el despejo apetecer me dejen;  
Tiene también (conózcolos) sus necios  
Fantásticos Narcisos Hipocrene.

Por lo demás, detesto y abomino  
Jactanciosos espíritus perennes,  
Que cuando piensan que lo saben todo,  
Ni saben ser humildes ni corteses.

El padre es de las luces (á él recurro),  
De cuyo seno todo bien desciende,  
Quien aquello á los párvulos revela,  
Que esconde de los sabios y prudentes.

En un salón consistorial el celo  
Patriótico las máximas convence  
De los ilusos, que al altar del oro  
Retribuyen incienso pestilentes.

No ya le llaman ídolo del hombre,  
Móvil del mundo, ciencia de placeres,  
Imán del corazón, juez de la tierra,  
Terror de la virtud y de los héroes.

Este congreso, superior al vano  
Sistema con que infiel se ensorberce,  
Sus decantados triunfos desestime  
Y sus pomposos títulos desprece.

¿Qué importará que estampe en sus memorias  
El monstruo con brillantes caracteres  
Que vence al mismo amor, que en todo el orbe  
Tantas victorias á su aljaba debe?

A ese hijo débil del informe caos,  
Ciego rapaz, sus hierros encadenen,  
Y ufano de estos míseros trofeos,  
Sus invencibles fuerzas exagere.

Hay otro amor gigante, amor robusto,  
Heroico amor, que su poder excede,  
Llevando el vuelo rápido de donde  
El Niño espira adonde nace el Bétis.

Dulce amor de la patria, que has sabido  
El celo despertar, si el celo duerme,  
Causa de aqueste ventajoso efecto,  
España en sociedades te prospere.

Aquí, de la península en el centro,  
Llega á esas puertas, y corrido advierte  
Su desengaño el interés altivo,  
Cuyos vanos parciales enmudecen.

Léjos de aquí los premios, los honores,  
Tratos, riquezas, dulces alicientes  
De la torpe ambición, que de esta estancia  
Con bramido feroz desaparece.

Arráncase el lucífugo vestigio  
Con una mano el corazón alevé,  
Con la otra cubre la ofuscada vista,  
Antes que el rayo de virtud la ciegue.

De la tierra los cóncavos penetra,  
Las aldabas del báratro conmueve,  
Y el eco las cavernas redoblando,  
Hace que toda la mansión resuene.

Exenta de sus hálitos aquesta  
Noble porción, no es mucho que descuelle  
Entre otros hombres, de ellos infestados,  
Como entre los virgultos los cipreses.

La son desconocidos los idiomas  
Del interés y la avaricia; indemne  
Levanta la cerviz del torpe yugo  
Con que á la tierra avasallar pretenden.

¿Adonde, pues, insignes ciudadanos,  
Ateorais? Decid, ¿qué rumbo lleven  
Los desvelos, impensas y fatigas,  
Las sesiones y planes diferentes?

No están aqueos nobles corazones  
Adonde está el tesoro; allí parecen  
Vuestros talentos donde los dañosos

Insectos ni corrompen ni demueven.

Nada es vuestro, del resto de los hombres  
Sois áun vosotros mismos. ¿Y no es éste  
El triunfo sobre el oro, que el poeta  
Hoy hace objeto de su vena estéril?

¡Hacer el hombre bien al hombre! ¡Oh cuánta  
Sublime gloria y dignidad envuelve,  
Concepto que explicar mi torpe labio  
No ha de poder! Mas si él enmudeciere,

Hablad vosotras, racionales almas,  
Del alto Dios imágenes, en quienes,  
Al infundiros, como en blanda cera,  
Hizo impresión de sus eternas leyes.

Tú, Sinai, publica que es secuela  
De aquel precepto, cifra de los siete,  
Y uno de aquellos dos de donde toda  
La ley divina y los profetas penden.

A las luces pasando de las sombras  
Aquella voz, que al universo mueve,  
Oiga Jerusalem cuando prorumpe:  
*Bien á aquellos hacec que os aborrecen.*

Enjuga, amistad santa, tus mejillas,  
Digo otra vez; renaces y floreces,  
Bajo el amparo del augusto Carlos,  
En brazos de este cuerpo que protege.

El, respetando el vínculo sagrado  
Que le une á su país, constante vence  
Las finezas de Aquiles y Patrolo,  
Los extremos de Pilades y Oréstes.

Esos renuevos de la dulce patria,  
Tiernas alumnas, que en sus años verdes  
Dan al trabajo el tiempo que otros muchos  
Sacrifican á inútiles deleites,

Por el sordo transcurso de los siglos  
Las primeras serán que se presenten  
En el templo inmortal de la memoria  
A imprimir sus elogios indelebiles;

Y mientras que los tiempos van cumpliendo  
Mi vaticinio en sucesiva serie,  
Desciendan á la arena, codiciosas,  
Y arranquen por su mano los laureles.

Mas, esperad, atletas esforzadas;  
Los olorosos ramos que el ardiente  
Furor del rayo respetó, este día  
Se han desgajado y orlan vuestras sienas.

Ellos os buscan como premio digno  
De vuestro afán, que por instantes crece;  
Alumbre el sol ó campen las estrellas,  
Abraze Cancro ó Capricornio hiele,

La lira que escucháis, y más sonoras  
Las cuerdas que otros números moderen,  
Ensalzarán el triunfo laborioso  
Al halago de cláusulas cadentes.

En nuestros libros, cuyas hojas llenan  
Empresas grandes, y estampado tienen  
Tantas veces de Carlos el real nombre,  
Escritos ya los vuestros aparecen.

El sudor de la prensa, al repetirlos,  
Es también recompensa del que vierden  
Vuestros poros, si agitan la tarea  
Las interiores fuerzas que le impelen.

Gozad la distinción, seguid constantes;  
Logre la aplicación colmadas creces,  
No el lauro marchiteis, el desaliento  
Vuestras candidas almas no penetre.

Dignas así seréis de más honores,  
Gracias á los ojos de la plebe,  
Y á Dios aceptas, que piadoso cuida  
Del abrigo, el sustento y el albergue.

Volved el rostro al tierno simulacro,  
Sagrada ostentación de estas paredes,  
Que del más obstinado iconoclasta  
Está exigiendo cultos reverentes.

Y oiga la fe de su divina boca  
Lo que expresar no cabe en los pinceles,  
Cuando viendo al discípulo escogido,  
Aguila exoela que sus rayos bebe,

Y señalando á la que fervorosa  
Le siguió hasta la cruz desde el pesebre,  
A los hijos de Adán en su cabeza,  
*Ved vuestra madre, al espirar profiere,*

*Esta es María, aquella por quien quiso*

Dios que los hombres todo lo tuviesen;  
Contemplad la fineza al mismo tiempo  
Que á ella acreedoras el trabajo os muestre.

Puede Marta solícita imitarse,  
Y de esotra heroína penitente,  
Que el leño abraza y lo mejor elige,  
Los éxtasis amantes emprenderse.

Es una la virtud; á ella conducen  
Diversas sendas: si implorais fervientes  
Vuestra perfecta vocación del cielo,  
El cielo hará que la elección se acierte.

Alzad los ojos á esos tutelares,  
Mirad en sociedad indeficiente,  
Para honor de Madrid, poblar su reino  
Las tiaras, estevas y talleres.

De éstos levanta el vuelo heroica vírgen,  
Divísala su dueño entre cancelos,  
Y «sube», la repite, hermosa mía,  
Que ya el invierno recogió sus nieves;

Y apareciendo há poco en nuestras aras,  
Lirio entre espinas, que ostentó su frente,  
Del incorrupto virginal cadáver  
Besad el pié los príncipes y reyes.

Seguid sus huellas si quereis que blancas  
Coronas de azucenas se os apresten;  
Mas si otro rumbo os proponéis, atentas  
Mirad del Manzanares la corriente,

Y él os dirá las que imprimió en su espalda  
Milagrosa mujer, á quien sostiene,  
Violentando su sé; que el cielo ordena  
Que hasta las ondas la virtud respeten.

Ved á la mujer fuerte, cuyo precio  
De los confines últimos procede;  
Buscó la lana y lino, porque cauta  
La labor de sus manos la sustente.

Estas, con oficiosa alternativa,  
Toman el huso que la hilaza tuerce,  
La vianda á los domésticos reparten;  
Se abren al pobre y al hijuelo envuelven;

De su casa continua centinela  
No comió ociosa el pan. Cuánto os empeño  
Considerad, oh jóvenes premiadas,  
El ejemplar que vuestra patria ofrece.

Así no necesita de despojos,  
Que da la lid ó el pielago promete,  
El esposo que, en ella confiado,  
Con sus providas manos enriquece.

Tú la escogiste, sí, tú la alabaste,  
Consorte digno; á tu virtud conviene  
Premio tan singular, pues en la tierra  
Sólo pudo María merecerse.

Mantuano Moisés, á cuyo imperio  
Determinó el Señor omnipotente  
Que en erupción extraña de cristales  
El duro pedernal obedeciese;

Isidro santo, labrador dichoso,  
Los ángeles por tí la tierra hienden,  
Los ángeles aquellos cuyas alas  
El rostro cubren inmortal y fuerte.

¡Honrosa ocupación, noble ejercicio!  
Pásme el sentido, el pensamiento cleve  
Que el Dios de los ejércitos, terrible,  
De agricultor el nombre no desdeñe.

Afortunada clase, cuyo esmero  
A los progresos útiles atiende  
De tan bella noción, ¡oh quién supiera,  
Como supo elegirte, engrandecerte!

¿Podría yo expresar, á tolerarlo  
Del tiempo y la ocasión las estrecheces,  
Cuánto de ella las artes, los oficios,  
Cuánto la industria popular depende.

Magnánimo individuo, que ocultando  
Tu ilustre nombre y dignidad, promueves  
Con noble pecho y mano generosa  
La discusión y prácticas agrestes;

Los artículos ya de tu problema  
Hay quien resuelva, explique y desempeñe,  
Para que el campo así se beneficie  
Y la pluma feliz se remunere (1).

(1) Habla del premio de agricultura, propuesto por la liberalidad de un socio de alto carácter, y diferido por la Sociedad á este día.

Besad la tierra, vírgenes amables,  
Que ha criado el Señor, que reverdece  
A su voz, que produce á su precepto  
Fruto que se eterniza en sus simientes.

A las manos del hombre las entrega,  
Porque puesto en las suyas las disperse,  
O bien las niegue el plácido rocío,  
O bien en años fértiles las riegue.

Ellas os alimentan, y de aquella  
Materia enmarañada os abastecen,  
Cuyos iguales consistentes hilos  
Del vencimiento son testigos fieles.

Al tejido prestad aqueas hebras,  
Al bordado auxiliad; del templo cueguen  
Telas (2) que al tabernáculo de Cristo (3)  
Acompañan, adornan y guarnecen.

A unos y otros, artistas aplicados,  
La Sociedad esclarecida premie,  
Ya retraten la rosa y azucena (4),  
Ya dibujen corintios capiteles (5).

Ni olvidaré la máquina que exacta  
De vuestro afán períodos numere,  
Señalando las horas y los días  
Por la veloz carrera de los meses (6).

Lograd todos el premio. Y tú, benigno  
Circó, á quien las piedades engrandecen,  
Gózate en ellas mismas más que en cuantas  
Perlas el Sur en nácares contiene.

Cante la fama el paternal desvelo;  
Sus nuevos ecos los antiguos quiebren  
Que al trabajo esparció de Babilonia  
Y bárbaras pirámides de Méfis.

Cantad vosotros, socios venturosos,  
El horrendo suplicio que padece  
La tirana ambición en el averno,  
Después que hollasteis su cerviz, valientcs.

De esta suerte por cada cual espero  
En el Dador de los eternos bienes  
Pueda la ilustre Sociedad gloriarse  
Y prorumpir en cánticos alegres.

Feliz varón el que se halló sin mancha,  
No corrió tras los viles intereses,  
Ni esperó en las riquezas y tesoros.  
¿Quién, y le alabaremos, es aquéste?

El que obró maravillas en su vida,  
Y probado en el oro, donde el temple  
Del acero más fino se destroza,  
Se vió, no obstante, que perfecto fnese,

Alcanzará la gloria eterna, y puesto  
Que no quiso, aunque pudo, corromperse,  
Y pudiendo ser víctima del vicio,  
Fue superior á estímulos aleyes;

Por tanto en el Señor sus bienes todos,  
Como en único objeto, se establecen,  
Y todas las iglesias de los santos  
El tiempo hará que sus limosnas cuenten.

## EL FINO.

### ÉGLOGA.

ELFINO, LAFINA, POETA.

POETA.

Elfino, que de Henares á la orilla  
De cabras un rebaño apacentaba,  
Donde tiene Minerva su alta silla;  
Y Lafina, que ovejas gobernaba,  
De Córdoba y Sevilla en los confines,  
Cuando el Aries celeste publicaba  
El bando de fragancia á los jardines,  
Y á obedecer su voz se disponían  
Los narcisos, mosquetas y jazmines;  
A sus solas su mal tristes gemían,  
Como esposos futuros, cuyo pecho

(2) Alude al premio de bordado, que fué el segundo de los de dibujo.

(3) Al dibujo presentado por el que llevó el primer premio.

(4) A la prueba de repente del que llevó el segundo premio.

(5) A la del que llevó el primero.

(6) Al premio de relojería.



El amor y la ausencia á un tiempo herian;  
Los dos uno del otro satisfecho,  
No vulgares los dos, y lo encarece  
Elfino así, sentado en un repecho.

## ELFINO.

Ya torna Abril, el prado reverdece,  
Ámbares da la flor, al ave alienta  
El sol, que más solícito amanece;  
Las esperanzas Céres alimenta  
Del labrador, que al campo el grano fia,  
Con que á la aldea y la ciudad sustenta.  
Alegre salta la manada mía,  
Sube y corona los floridos cerros,  
No bien enjutos de la noche fria.  
Halagan fieles los hermosos perros,  
Que en su custodia silenciosas horas  
Velan, armados de punzantes hierros,  
Con danzas los pastores y pastoras  
La fuga del invierno tenebroso  
Celebran y las plácidas auroras.  
Elfino solo, triste, queruloso,  
Alterna los suspiros con el llanto,  
Negado á la alegría y al reposo.

## LAFINA.

¡Oh de naturaleza dulce encanto,  
Risueña y apacible primavera,  
Coronada de rosas y amaranto!  
Tú llegas, te apresuras placentera,  
Convoyada de céfiros sutiles,  
Y por tí el llano, el monte, la ladera  
Se convierten en rústicos pensiles;  
Por tí, murmurador el arroyuelo,  
Cuyo sonido alegre estos rediles,  
Su cristal templá, fertiliza el suelo;  
Tú en vegetal movimiento pones  
Toda la orilla que bordó tu anhelo.  
Sus encerrados fértiles botones  
Los árboles ostentan, que adelante  
Serán de otoño sazonados dones.  
Coge violetas la zagala errante,  
Que segregada del silvestre coro,  
Ramos presenta á su pastor amante.  
Parece renacer la edad del oro,  
Todo brinda dulzuras, todo rie;  
Yo solo triste amargamente lloro.  
De los presentes bienes nadie fie;  
Incierta es siempre del mortal la lucha,  
Y mañana es dolor lo que hoy engrie.

## ELFINO.

Aquí, mi bien, pues nadie nos escucha,  
Aquí, Lafina, dulce hechizo mio,  
Mi corazón y yo la pena mucha  
Que siente mi cansado desvarío,  
Dirémos á esas ásperas colinas  
O á las claras corrientes de ese río.  
Ausente de tus prendas peregrinas,  
¡Oh dulces prendas, por mi amor humanas,  
Prendas de amor, por vuestro sér divinas!  
Ausente de tus luces soberanas,  
Velando paso la callada noche,  
Paso llorando tardes y mañanas.  
Sale y se oculta de Faeton el coche;  
Yo insisto en mi dolor, ningún amigo  
Encuentro á quien el pecho desabroche;  
Cada estrella luciente es un testigo  
De este fiero penar, de aquesta queja,  
Este dolor que siempre va conmigo;  
Esta tenaz memoria no se aleja,  
Ni me deja vivir su grave peso,  
Ni me deja morir, ni al fin me deja.  
¿Qué haré sin tí, dulcísimo embeleso?  
Tal eres para mí, bella serrana,  
Cual es al cazador el bosque espeso,  
A la agreste labor lluvia temprana,  
Al segador la sombra en el estío,  
Al gusanillo la purpúrea grana.  
Ayes, si acaso en vano al aire os fio,  
Tal no quieran los hados inhumanos,  
Corre sin duelo, amargo llanto mio,  
Vosotras de los montes Marianos

Puntas que pretendéis rasgar el cielo,  
Paso franco les dad, y de estos llanos  
Alcen ansiosos presuroso vuelo  
Hasta llegar á más dichoso clima,  
Y á Lafina dirán mi desconsuelo.

Si con su grey bajando de alta cima,  
Oh suspiros, la hallais, á los balidos  
Interrumpid, y tal dolor la imprima  
Vuestro lúgubre són por los oídos,  
Que á la tórtola imite solitaria,  
Doblando en la enramada sus gemidos.

Si, que el trastorno de mi suerte varía  
Me los hace escuchar; al dueño veo;  
No así me burles, sombra imaginaria.

Lafina está á mi lado, ú el deseo  
Solicita adularme; ¡qué conjuros,  
Qué sucos de las yerbas del Leteo,  
Capaces de asaltar celestes muros,  
Y de ellos desquiciar la blanca luna,  
Me hacen mirar sus resplandores puros!  
No es ilusión, verdad es mi fortuna;  
Junto á mí está Lafina, y de este campo  
Cogiendo ya las flores una á una.

Ya con la cola la halagó Melampo;  
Le acariciaron ya sus manos bellas;  
Pues ¡en qué me detengo, que no estampo  
El tosco labio en sus preciosas huellas?  
Los Elisios te envidien, campo ameno,  
Y á tus rústicas flores las estrellas.

Huésped amable, aquí, de sombra lleno,  
Te ofrece Henares apacible soto,  
Aquí descansas en alfombras de heno;  
Aquí, ya el lazo de la ausencia roto,  
A la luz que Himeneo dé á su tea,  
Verás cumplir á tu pastor el voto.

Así, zagala, tu venida sea  
Grata al *Campo Loable*, cual la aurora  
Al que la noche en la vigilia emplea,  
Como al prado el rocío que atesora,

Como al trabajador el mediodía,  
El olivo á la cabra trepadora.  
La rubia miel te serviré á porfía  
Del sabroso panal de mi colmena;  
Ven, dulce bien, á la cabaña mía.

Allí hallarás, de fresca leche llena,  
Una vasija, allí la tierna fruta,  
Que al favor merecí de Filomena.  
De su vergel al mio, mal enjuta,  
Trasplanté un día la fecunda vara,  
Y árbol es ya, que réditos tributa.

Si de él el fruto á tiempo no separa  
La cauta mano, en su designio yerra,  
Pues la sazón en casa se prepara.

Una medalla mi ajuar encierra,  
Obra de Gil divino, con el busto  
Del mayor soberano de la tierra.  
En tersos rasgos de moderno gusto,  
Crisol que purifica y abrillanta,  
Yace el reverso del monarca justo.

Ganéla cual los pomos Atalanta;  
Del Manzanares páramos umbríos  
Corrió mi musa, que á otras se adelanta,  
Y á los zagales compañeros míos  
En público vencí cuando mi canto  
El destrozó entonó de unos navíos.

En el baile, en la fiesta, en el disanto  
Aumentará tu gala peregrina  
Con cinta verde, que prefiero tanto.

Dirá toda zagala convecina:  
«De Elfino el premio, el triunfo y la esperanza  
Penden juntos del pecho de Lafina.»

Envidiará Amarilis tu privanza,  
Clóris la lozanía de tus reses,  
Filis tu amor, sin miedo de mudanza.  
Cuando os congreguen los floridos meses,  
Descollarán tu garbo y gentileza  
Como entre los helechos los cipreses.

Depondrá la alimaña su aspereza,  
Embebida en tu acento; si cantares,  
Las aves dejarán su ligereza,  
Sus ubres los corderos á millares,  
Las pródidas abejas el tomillo,

Y el canto de sus náyades Henares.  
Tú ganarás el jugueton novillo  
Si á danzar desafías aldeanas,  
El vaso de acbuche ó cabritillo.

Tuyas serán las rosas más tempranas,  
Todos te ofrecerán los recentales  
Y olorosos cestillos de manzanas.  
No ofenderán tu planta los zarzales,  
Embotarán sus puntas los abrojos  
Y aumentarán su olor los romerales.

Detestarán el són de tus enojos  
Y alegres trinarán los ruiseñores;  
Todo el otero arrastrarán sus ojos,  
Sin que jamás, á su pastor traidores,  
Cuando sus rayos vibren halagüeños,  
La cualidad olviden de señores.

Aspides y mortíferos belemios  
Quebrantarán tu aliento prodigioso,  
Darán las auras apacibles sueños.  
Pico-occejon, escándalo fragoso,  
Los que á su ocaso empina la cabrera  
Somosierra con humos de coloso.

Toda esa encanecida cordillera,  
Que desprendiendo nieves á torrentes,  
A las campiñas amenaza fiera,  
Hará ya lisonjeras sus vertientes,  
Derritiéndose en mansas suavidades,  
Que más parezcan deliciosas fuentes;

Se jurarán eternas amistades,  
Con tu ejemplo, zagales y zagalas,  
Y al Parnaso hollarán sus dos mitades;  
Y tú, Gebel-Zulema, di que igualas  
Al Ménalo de Arcadia, que á Cupido  
Escucho siempre, y no á Minerva ó Pálas.

No mi zampona entregaré al olvido,  
Y en vez del apio amargo, me corone  
El suave trébol y arrayan florido.  
Mi feliz suerte Nemoroso entone  
Al compas grato de su avena ruda,  
Y de Lafina el mérito pregone.

Encarece mi dicha, oh selva cruda,  
¡Dicha para tornar á Elfino loco!  
¡Placer para dejar al alma muda!  
Lafina de mi vida, espera un poco;  
Que en esa tabla, donde mansa el agua  
Y tanto, que, según su quietud toco,  
Parece que en Jarama no desagua),  
Álamos nuevos de su margen pinta,  
Nuevo Compluto en sus cristales fragua,  
He de mirarme, por si bien distinta  
De mi alborozo en mi semblante encuentro  
La señal infalible, aunque sucinta.

Yo volveré; mas no, que de mi centro  
Moverme, que eres tú, será imposible.  
El sacro río llamará de adentro,  
Con bocina de nácar perceptible,  
Una niña que al logro corresponda  
De mi designio y del cristal movable,  
Donde jamás profundizó la sonda,  
La porción me presente en concha lisa,  
Que al rostro con imágenes responda.

Y tú, no en mis fortunas indecisa,  
Calles, mi bien; despliega tus claveles,  
Y aumente una hermosura esa sonrisa,  
Que jamás copiaría el griego Apéles,  
Ni bien pintada fuera del Ticiano,  
Por más alma que diese á sus pinceles.

¿No me respondes? ¿Te importuno en vano?  
¿Por qué enmudeces? ¿Qué pasión violenta  
Te ha enajenado, ó qué rigor tirano?  
Mas ¡ay! que mi admiración se aumenta,  
Y con ella el dolor que martiriza  
Un alma que de penas se alimenta.

Ya Lafina las flores no matiza;  
Esposa, aguarda, y no mi muerte ensayes,  
Veloz el bulto hermoso se desliza  
Por entre los carrizos y tarayes;  
Lágrimas verteré de ciento en ciento,  
Y lanzaré de mil en mil los ayes.

Forma nieblas el diáfano elemento,  
Que me roban la luz; desaparece,  
En fin, Lafina, convertida en viento;

Se eclipsa el sol, Henares ensordece,  
Eterno luto visten las cabañas,  
Sin tiempo y sin estrellas anochece.  
¡Négo sólo fantásticas extrañas  
Sombras el devaneo me ha forjado.  
¿En qué, Amor, te ofendí, que así me engañas?  
Mentira ha sido mi dichoso estado,  
Verdad es sólo la fatal ausencia,  
Que tiene el corazón despedazado.  
Ojos, constancia, corazón, paciencia,  
¿Qué injusta ley de bárbaro destino  
Fulmina contra un triste tal sentencia?  
Ya no acierta la voz con el camino  
De los labios, un hielo me ha cubierto,  
El aliento me falta.

## POETA.

¡Pobre Elfino!

Desmayó el dolor, si no le ha muerto,  
Recibe, Amor, la victoriosa palma  
De un frío mármol ó cadáver yerto;  
No con falsa piedad turbes su calma,  
Si ha de volver, sellando las arenas,  
Entre las voces á verter el alma.  
Tú, que la sien de hisopos y verbenas  
Cifras, y á los pastores, oficiosa,  
Dictas, oh Musa, humildes cantilenas,  
Inspírame la voz con que llorosa  
Y amante prosiguió la queja fuerte  
De su duro penar Lafina hermosa.

## LAFINA.

¡Quién creyera de tí, tirana suerte,  
Que el bien en mal tan pronto me tornaras,  
El júbilo en pesar, la vida en muerte!  
¡Oh, nunca con tus luces, siempre claras,  
Alme Febo, que todo lo ilumina,  
Si no he de ver á Elfino, me alumbra!

Me acuerdo que en las horas matutinas,  
Cuando tus rayos abrasaban declinas,  
Y en las que al vasto piélago declinas,  
Cancero y Leon, los faunos y silenos  
Nos vieron juntos por aquestas peñas  
En paz tranquila, de disgusto ajenos.

Tú, que los cielos dejas por las breñas  
(Segun me contó Elfino habia leído),  
Y de amar á un pastor no te desdenas,  
¡Cuántas veces nos viste en el ejido,  
Sacra Diana, del ardor diurno  
Descansar con el fresco apetecido!

Por señas, que suspensa en el nocturno  
Afan por escuchar nuestros amores,  
Alterar una vez quisiste el turno.  
Así lo sospecharon los pastores,  
Aunque otras muchas con acento ronco  
Despertó la corneja mis temores;

Pues de una encina en el asiento bronco,  
Que no ya sudaria miel predijo,  
Sino mirra amarguísima, su tronco;  
Ella vaticinó mi mal prolijo,  
Y desde entónces el fatal agujero  
Quedó en mi oído y mi memoria fijo.

Verdadero fué el mal de que ahora muero,  
Verdadero el dolor que me anunciaba;  
¿Qué presagio infeliz no es verdadero?  
¡Oh, qué bien mi pasión, qué bien pensaba  
Cuando por no pasar el duro trance  
De aquel *adios* que el alma me arrancaba,

Quise primero malograr el lance  
De disfrutar las vegas españolas  
De Pisuerga y Genil á tardo alcance,  
Y sin temor de las soberbias olas,  
Yendo contigo al polo contrapuesto,  
Dejar mi patria y mis cabañas solas!

No me es contigo el piélago funesto,  
Elfino, ni hay Caribdis, Scila ó Sirte  
Que en mí no encuentre un ánimo dispuesto.  
No hay regalo á mi oído sin oírte,  
Lumbre para mis ojos sin mirarte,  
Empleo á mis potencias sin servirte;

Aquel postrer *adios*, que por no darte  
Con él, y darme yo, ponzoña fiera,  
Me hizo correr á más oculta parte,